

Mi reina

Una tarde y noche más de guardia en el Hospital... ¡qué hastío!

Hoy hace ya más de dieciocho años que, tras más de quince meses destrozándome los codos –y lo que no son los codos- preparando la oposición, conseguí la plaza de Profesor Adjunto de Anatomía en el Departamento de Medicina Legal de la Facultad de Medicina. Ciertamente, al principio, como en todos los principios en que se rompe la previa monotonía, y más aún si del mohíno cuarto estudiantil patria de mis desvelos se trata, me invadió un entusiasmo alegre y un vivo empuje que me hizo acreedor de la simpatía de mis superiores y compañeros de Sala.

Pero la Sala de Disección del Mortuorio (me gusta más el galicismo ‘la morgue’; y es que hasta para eso los franceses tienen cierto encanto) no es precisamente el mejor lugar de diversión del mundo. Y al cabo de los años, superado el primer ímpetu, llega la monotonía.

Sin embargo, esta tarde, ya pasado de largo el meridiano inglés del té con pastas –invitación de Agnes, una becaria Erasmus de Devonshire, británica hasta la médula, pero no por ello menos atractiva- algo ha roto esta rutina, rompiendo el tedio abriero: Un suicida.

Lo ha traído el furgón forense una vez el Juez de Guardia procedió al levantamiento del cadáver. Un hombre joven, bien vestido. En torno a los cuarenta y poco. El informe judicial expresa que algunos presentes testificaron que, desde una ventana de un octavo piso, se precipitó al vacío gritando, con un alarido angustioso, al parecer presa de un ataque de pánico.

Lorenzo, mi auxiliar, lo está disponiendo ahora sobre la mesa de disección, pero hasta que proceda a desvestirlo y a lavar el cadáver... quince minutos como poco.

Un momento. Parece que el pobre desgraciado lleva algo en el bolsillo interior de la chaqueta.

‘Jefe, aquí hay un folio doblado en cuatro. Venga a ver, por favor’ La llamada de Lorenzo, no sé por qué, pero me ha sobresaltado. No es lo común que se les haya pasado por alto a los de Judicial, pero todo puede ser. Veamos...

Es una carta... o más bien, una serie de frases escritas. No parece la nota de un suicida, sino algo así como una... ¿declaración? Veamos:

Con mucha prevención, pero con más curiosidad, leo:

Abril, 2011.

Tengo miedo.

Son las tres de la tarde, pero tengo miedo.

Es martes; un día espléndido de primavera; da gusto salir a la calle; pero tengo miedo.

La ciudad está llena de gente, de encantadores y gentiles paseantes, amigables y sonrientes... pero sigo teniendo miedo.

Aún recuerdo perfectamente las palabras de mi amigo Pablo: “Luisito, ya que tienes tan poco tiempo libre,... ¿por qué no lo aprovechas plenamente? Apúntate a nuestra Asociación, y verás qué buenos ratos pasamos. En

nuestro local, charlamos y nos enriquecemos con las conferencias de nuestros compañeros y de los eruditos que, invitados por nuestra Junta Directiva, vienen hasta nuestra ciudad para compartir conocimientos. Y además, hacemos cenas y coloquios; y bien sabes tú que frente a una rica y fría cervecita todo el mundo se lo pasa bien”.

Y yo, que siempre había estado embebido en mi carrera, primero en la Facultad, y después en mi despacho profesional, pensé ¿por qué no?... y, en un arrebatado frenesí y de coraje, le dije que sí; que tenía razón; que desde ya mismo, iba a hacerme socio de la Sociedad Filatélica de la ciudad. Y que iba a sacar del baúl del sobrado todos los sellos que heredé de mi abuelo, y que dormían hace tantos años en esos viejos álbumes de piel de cabritillo que tanto aprecio él les tenía; algunos de ellos procedentes de su propio padre, dueño de la única barbería de su precioso pueblo natal, en la falda de las montañas de Gredos, tan cerca del Madrid Isabelino.

Ése fue el principio de mis pesares.

Fue la noche del viernes pasado, hacia las dos de la mañana; rebuscando entre los viejos álbumes aterciopelados, separando sellos y cartas,... cuando, calladamente, desde las amarillentas hojas de una carpetilla,... apareció.

¡Había tantos sellos juntos, y todos tan iguales, todos en un pliego de papel blancuzco, casi gris clarito por el paso del tiempo!...

Era una hoja de 170 sellos plegada sobre sí misma; la reina Isabel parecía que, con una sonrisa suave, casi una mueca burlona, desde 1851 me saludara; y desde esos tonos naranja tan bonitos, me deseara... *‘buenas noches, Luis’.*

Cuando a la mañana siguiente se lo enseñé a Pablo, diciéndole: *“Mira qué cosa más curiosa, Pablo. ¿A que es bonito?”*, de inmediato sentí que algo iba mal. Le mudó la color de la piel; comenzó a sudar. Sus primeros balbuceos me inquietaron; hasta tal punto, que, sentándonos en la vieja mesa de mármol blanco de la cafetería del Centro donde estábamos, le ofrecí un zumo de naranja con azúcar, temiendo que fuera una crisis de la diabetes que padecía, un golpe de hipoglucemia. Luego, su mirada se clavó en mí con una intensidad que yo no le conocía; casi con... ¿cómo diría?... con lascivia; con un ansia extraña que reconocí sobresaltado. Mi condición de policía me alertó.... hasta que me hizo ponerme a la defensiva.

“¡Esto no le puede estar pasando a Pablo!”- pensé- “parece ido...”

En el ínterin, aparecieron Juan José y Salva, compañeros de la Sociedad, también coleccionistas como el alterado Pablo.

“¿Qué le pasa a Pablo?”, preguntaron.

A lo que yo respondí: “Algo extraño seguro, porque estábamos viendo estos sellitos, cuando cayó en este trance...”

Salva, compañero de profesión, atendía a Pablo, cuando advertí que Juan José, tras haber cerrado suavemente el cartapacio donde guardaba los sellos, parecía también estar afectado: traspuesto, con la mirada perdida, con taquicardia, respirando entrecortadamente, hasta que literalmente cayó sentado en una robusta silla de la mesa vecina.

Alarmado, Salva se giró hacia él, dejando a Pablo, y preguntándole... "Juanjo, amigo, ¿qué tienes?" A lo que, entrecortadamente, le respondió: "Salva... no puede ser... es... es... es... ahí encima... no puede ser... es... es...".

Salva y yo, miramos hacia el punto donde se dirigía la mirada de Juan José: era mi carpeta, la que estaba sobre la mesa de al lado conteniendo los sellos.

Salva, con prevención, abrió el guardapliegos para, casi de un manotazo, volverlo a cerrar de improviso.

Cuando se giró hacia mí, volvió a repetirse esa mirada ansiosa que ya me había confundido en Pablo. Pero ahora, era más... ¿ávida? Sí, ávida e inquietante.

Cogí de golpe la carpeta y súbitamente salí disparado de la cafetería hacia mi casa, donde ahora estoy acurrucado tras mi cama de dos metros de largo, sobre la alfombra.

¿Qué tendrán esos sellitos de dos reales para provocar esas reacciones en mis amigos?

Tengo miedo de volverme como ellos si los miro...

Son las tres de la tarde y... itengo miedo, mucho miedo!

Cuando hace un rato Salva me llamó y le dije, aterrado, que si él los quería yo se los regalaba, oí un ruido sordo como si se hubiera desplomado... y después... inada!.

¿Quién me mandaría a mí rebuscar entre los sellos del abuelo?... iTengo miedo!

¡SOCORRO! ¿Alguien me quiere ayudar? ¡POR FAVOR...!

'Lorenzo... ¿hay algo más en los bolsillos?... mira bien, por favor!' La contestación de mi ayudante llega de inmediato: 'Algo hay aquí, sí, en el bolsillo interior de la chaqueta; parece una carpetilla'... La tomo de sus manos, y la abro. Contenía un pliego de sellos que, a primera vista, me parecen antiguos. Absorto en la contemplación de lo hallado, no reparo en que Lorenzo se ha ido. Cuando ha vuelto, lo ha hecho con dos latas de refresco abiertas, y, ofreciéndome una de ellas, dice: 'Don Pedro, he ido a por un par de refrescos, porque hace una tarde calurosa, y he supuesto que le apetecería una limonada fresquita'. Gustoso, la tomo y le agradezco el detalle y tras el primer trago, que remoja mi garganta produciéndome el gas un picorcillo agradable, le solicito: "Lorenzo, haga el favor de traerme mi agenda, la que tiene los

teléfonos de contacto, porque voy a dar parte a la oficina del Juez del hallazgo de estos papeles en el cadáver”. Asiente, y se va.

Reflexiono en soledad, y no acierto a adivinar el motivo por el que aquél pobre desgraciado había tomado la determinación de quitarse la vida, así como tampoco qué tipo de angustia le había asaltado, y en qué medida se le había provocado tal crisis de ansiedad, lo bastante como para saltar al vacío... (¡qué calor hace!...)

Siempre me ha gustado profundizar hasta lo más íntimo de la personalidad humana, pero no acierto a entender... (creo que me estoy mareando...).

Tengo que sentarme... se me nubla la vista... seguramente la limonada estaba muy fría y me ha dado un pequeño corte de digestión...

Me da vueltas la habitación. ¡uf, qué mal me encuentro! ¡qué fatal lasitud la que me abate!...

Gracias a Dios, veo entrar a Lorenzo en la Sala. Intento llamarlo, pero nada sale de mi garganta... ¡nada, por más que lo intento! ¡¡¡Dios mío, estoy como paralizado, los músculos no me responden!!! Tengo un sopor... se me está apoderando...

Con los ojos entornados, más fuera de mí a cada instante, de pronto un relámpago de lucidez me llena al ver que Lorenzo, ha cogido la carta del difunto y.... ¡la está destruyendo!... y con una mirada que nunca le había visto, nunca antes de ahora, se acerca a la silla donde permanezco inmóvil, y, tras unos cachetes en la mejilla, me enseña un tubito amarillo que ha sacado del bolsillo con la leyenda “**Caution / Tetrodotoxine / Poison**”...

“¡¡¡¿¿¿Por qué???!”, le digo con mi última mirada...

Con una mueca sonriente, dice: “Doctor, no podía permitir que me separara de mi Reina”.

Lo último que veo, es el pliego de sellos abierto ante mí.

Ahora soy yo el que tiene miedo... ¡mucho miedo!.

En Valencia, a 12 de Abril de 2011

Francisco M. Querol Piñón